

El despertar

Cristina del Toro Tomás

A menudo contemplo el mundo en el que vivís, la sociedad que habéis creado, las normas que habéis permitido que os impongan. Y me entristezco.

No sólo porque os han dominado, porque os han empequeñecido y obligado a aceptar un rol secundario en la historia de la humanidad, sino porque vosotras, pese a todo ese potencial que guardáis en vuestro interior, os habéis dejado engañar.

¿Quién soy yo para juzgaros, amonestaros, e intentar que despertéis?

Yo soy vuestro origen, la primera de todas, la primera mujer. Y no, mi nombre no es Eva, ella vino después, y si me lo permitís, no tenía ni la mitad de mi arrojo.

He contemplado en silencio cómo a lo largo de los siglos me han negado, ocultado o demonizado. Mi nombre ha estado maldito durante milenios, y quienes han conocido mi historia se han encontrado con un destino mucho peor que la muerte...

Si soy honesta tiene sentido, pues yo soy la encarnación del poder femenino, del valor, de la independencia. Soy fuego. Soy la rebeldía hecha mujer, soy libertad.

En resumen: represento todo aquello que vuestro Dios patriarcal teme.

Mi nombre es Lilith, y ésta es mi historia.

Procedo de un tiempo anterior al propio tiempo, mi origen se remonta a la creación de los primeros humanos. Seguramente os han contado cómo me rebelé contra las normas de un Dios concreto, que me marché de un hermoso jardín, traicionando a mi esposo, y que desde entonces me dediqué a relacionarme con demonios, matar lactantes y pervertir almas puras.

Sin embargo nada de esto se corresponde con la realidad.

Yo no broté de costilla alguna, ni tampoco del polvo. Fui gestada en las entrañas de la Tierra, en el útero húmedo y cálido de la Madre. Durante un tiempo indefinido me mantuve inerte, adormecida, sintiéndome cómoda y protegida en mi peculiar nido. En aquel entonces yo no era consciente del papel que debía interpretar, los motivos por los que fui creada. Sin embargo, la desidia no está en mi naturaleza, así que no tardé en despertar, y en medio de una explosión ígnea, emergí al mundo exterior.

Al principio caminé desnuda por la naturaleza, observando su hermosura, deleitándome con el universo o sintiendo los latidos de la Madre en las plantas de mis pies descalzos.

No buscaba nada en concreto, no había trazado ningún plan, ni tenía una meta definida. En aquella época me limité a existir, a regocijarme en mi desnudez, a danzar bajo la lluvia, cantar con el viento o correr con las bestias. Nunca me detuve, nunca me abandoné a la pereza, jamás me di un descanso.

De esta manera llegué hasta un misterioso jardín. Mi percepción me dijo que aquél era el lugar donde se me estaba esperando, así que no dudé en adentrarme en él. Yo sabía que salir no sería tan fácil, pero no me importaba: soy una mujer, y como tal, cuento con innumerables recursos.

Era un lugar hermoso, pero no poseía nada de la belleza salvaje que había visto hasta entonces. Todo parecía demasiado ordenado, silencioso, estático. Aquel lugar era obra de una criatura menor, de una deidad venida a menos, pero sin duda arrogante.

A mi encuentro llegó un varón, creo que vosotros le conocéis como Adán, pero para mí nunca tuvo un nombre. Simplemente, era él.

Me sentí feliz de encontrarlo, supe que disfrutaría mucho de la compañía de otra criatura similar a mí. No me importó que fuera un poco anodino, que ni siquiera fuera consciente de nuestra desnudez, o que a veces hablara y hablara sin llegar a decir nada. Yo disfrutaba con él, le mostré los secretos del amor y el placer, y durante un tiempo fui feliz.

Sin embargo, y pese a mi paciencia a la hora de explicarle la realidad del mundo, él no paraba de parlotear acerca de que yo había sido un regalo de su Dios, que estaba allí para hacerle compañía y que no era más que un complemento en su bello Edén, otro elemento del que poder disfrutar.

Viendo que no le sacaría de su error, se me ocurrió hacerme con la semilla de un árbol muy especial: con los cuidados necesarios, crecería y de sus ramas colgarían, rojas y hermosas, las frutas de la sabiduría. Con probar un mordisco de cualquiera de ellas, él abriría sus ojos y comprendería no solo mi naturaleza, sino la del Universo entero.

Sin embargo, al Dios menor al que Adán adoraba, no le hizo ninguna gracia mi afición por la jardinería: me increpó, ordenó que jamás hablara con el hombre de semejante fruta, y me amenazó. Pretendía obtener poder absoluto sobre mí, intentó oprimirme, doblegar mi espíritu, y someter mi voluntad. Aquello fue la gota que colmó el vaso: decidí escapar de aquél lugar aburrido y repleto de normas absurdas. Así pues, seduje a aquel Dios arrogante y vanidoso, y logré que me revelara su nombre secreto, la fuente de su poder, obteniendo de esta forma el arma necesaria para huir.

Al darse cuenta de mi astucia, maldijo mi nombre y le prohibió a Adán volver a pensar en mí. Para evitar que mi recuerdo acudiera su mente, creó a una compañera para el hombre, nacida de su costilla. La ideó para que fuera sumisa y complaciente: ella mantendría entretenido a Adán, le daría aquello que pidiera, y no supondría ninguna amenaza para el Dios. Los prohibió acercarse a mi árbol, y ellos aceptaron sin cuestionar ninguna de sus órdenes.

Debo admitir que en un principio el plan le funcionó. Eva nunca cuestionaba las órdenes recibidas, se desvivía por complacer a Adán, y nunca mostró ni un atisbo de rebeldía.

Yo la observaba de lejos, incrédula, viendo cómo era sometida, obligada a callar, o a bajar la mirada. Mi rabia aumentaba cada vez más. Como habréis notado, no soy de las que se quedan quietas, murmurando. Si algo no me gusta, lo cambio, si algo me parece injusto, me sublevo. No podía permitir que otra mujer, otra criatura sagrada, fuese menospreciada de semejante manera. Así pues, decidí actuar.

Adoptando la forma de una de mis criaturas preferidas, la serpiente, me deslicé sinuosamente entre el seto que separaba el Edén del resto del mundo, y sigilosa, trepé por el tronco de mi hermoso árbol de la sabiduría. Esperé a que Eva pasara por allí, y entonces le hablé.

Mis palabras, dulces pero al mismo tiempo cargadas de firmeza, no tardaron en convencerla. En su interior había una chispa de independencia que se transformó en fuego abrasador al entrar en contacto con mi voz.

Lo que a continuación sucedió es de sobra conocido, por lo que simplemente voy a matizar ciertos detalles que han permanecido ocultos durante tantos siglos.

Desde que los primeros hombres fueron expulsados de su pequeña parcela de felicidad e ignorancia, obligados a crecer y multiplicarse, siendo ellas condenadas a parir con dolor, he estado presente en los alumbramientos de todas las mujeres de la humanidad, no para matar a los bebés, como se ha dicho, sino para susurrar a las madres las palabras que, al menos durante el parto, las convierte en unas auténticas guerreras. Es otra pequeña victoria sobre ese Dios que siempre descarga en vosotras su ira, que pretendía que el acto de traer vida fuera irremediamente vuestra sentencia de muerte.

A lo largo de los siglos me he acercado también a las cunas de las niñas recién nacidas. A todas vosotras os he cantado mi nana, y mi voz ha penetrado en vuestras almas, se ha resguardado en vuestro ser, aletargada, en el mismo estado en el que yo estaba justo antes de despertar a la vida.

He esperado, paciente, a que llegara el momento adecuado. Tras tanto tiempo en las sombras, es hora de permitir ser vista, de nuevo me presentaré ante todas, os daré a probar la fruta de la sabiduría, que abrirá vuestros ojos, que os permitirá desataros y vivir libres, tal y como siempre ha deseado la Madre.

Ha llegado el momento de sacudir los cimientos del mundo que conocéis. Es hora de despertar mi Voz.